

Cuentos de Marta Brunet.
Editorial Zig-Zag. Santiago, 1962

Marta Brunet, criollista de signos propios en su primera fase, ha evolucionado hasta convertirse en una escritora que maneja el buril, después de haber engastado sus palabras. No llega a ser modernista, pero hay en ella una constante preocupación por el vocablo bien tallado, por la frase eufónica, quién sabe si por la metáfora de limpias soleras humanas.

Recientemente, con un inteligente prólogo de Nicomedes Guzmán, se ha editado una selección de sus cuentos. Ahí está la firme trayectoria de una escritora que saltó al conocimiento del público con su novela breve *Montaña adentro*, apretada síntesis de situaciones vitales, dramática concepción del ser humano inmerso en su paisaje, deseo de aproximarse al meollo de situaciones vivas, capaces de dar sentido a la fatalidad que ronda muy cerca de algunos individuos.

Francina es un cuento sencillito. Con suma gracia se nos presenta el caso de una niña que se transforma en mujer. Un hecho insignificante, un requiebro en forma de orden y muchos soles abrasados son elementos que desplazan los biombos, las frágiles murallas entre la niñez y la adolescencia.

Don Florisondo tiene excelencias criollistas, insinuadas, vistas como esencia, sin el peso paisajista. Anotemos el esbozo de un retrato: "Era un viejo sesentón, alto, cenceño, bien plantado, puro músculo bajo la piel morena que apenas marcaban las arrugas. Tenía blancos los pelos y la barba, largos unos y otra, lo que le daba aire bíblico..." No hay una sola palabra que asuma función subalterna.

En páginas antológicas figura *Doña Santitos*, vieja mujer que "tenía la cara rugosa, pequeña, y el cuerpo endeble, de garfio tembloroso". La ironía y la cazurrería criollas, unidas en una sola pieza, mantienen erguida esta heroína, que se perpetúa, incólume, en los recintos de la literatura nacional.

Aguas abajo es un sórdido drama campesino. Las frases y las situaciones galopan con desenfrenado ritmo. Queda estampado el problema de la hija que roba el hombre a su propia madre. El lenguaje popular se engarza con donaire, resume la contextura anímica y los vuelos instintivos de los personajes. El "criollismo", aquí cifrado en el lenguaje de natural alumbramiento, "hablado y no escrito", se justifica como innegable valor estético, pone en tela de juicio los frecuentes ataques que pugnan por arramblar con una modalidad literaria.

La honda, utensilio de guerra y defensa, resuena como nota musical en *Piedra callada*, oscila y se enrosca en manos de una vieja, "alta, huesuda con el perfil corvino y una boca fina, apretados los labios y el inferior sellando una voluntad que sabía su meta...".

Esa honda sirve para cazar pájaros, acuna en sus vueltas la piedra certera. Marta Brunet, como al pasar, nos muestra el juego definitivo de ese mecanismo primitivo. En su relato se convierte en personaje esencial.

Soledad en la sangre es un alarde introspectivo. El personaje central

es la esposa de un campesino de tosca curva sensitiva. "De vivir en contacto con la tierra el hombre parecía hecho de elementos telúricos".

El monólogo interior, lento, circunstanciado en sus cimas emocionales, desemboca en un querer la vida, en un deseo de conservar la ramazón de la sangre cargada de recuerdos. Bello título el de tan emotiva narración. Idéntica concepción estilística informa el cuento titulado *Una mañana cualquiera*.

Un leve y romántico esbozo sirve a Marta Brunet para dar forma y sentido ejemplar a una historia: *La niña que quiso ser estampa*. Muchas de sus proposiciones restallantes de vuelo imaginativo, tienen halos de poesía.

A través de las palabras, mediante un diálogo funcional, sin aditamentos de ninguna especie, la autora ha delineado dos almas de mujer en su cuento *La mujer y "ésa"*.

El diálogo oscila entre lo instintivo e intelectual. La súplica y la soledad son valores dramáticos que Marta Brunet maneja con soltura. Una súplica que es ruego y mandato, impotencia y desbordes. Un estar solo, a pesar de los recuerdos. Entre ambos estados de alma, el ya desvanecido fluir de una realidad, amorosa, incierta, signada por el latigazo de la duda.

De estas historias, de posible veracidad, brota un rumor de vida, un ritmo de sangre que circula, esa respiración anímica, no sólo de hembras y de varones, sino de los paisajes reales o intuitivos.

Termina la selección hecha por Nicomedes Guzmán con un cuento de liviana contextura. Su título, *Dos hombres junto al muro*.

Sensaciones táctiles y olfativas, poesía y realidad, afanes de potenciar bellamente lo vulgar y cotidiano, son valores que emergen de los cuentos de Marta Brunet. A veces, entre chanzas y veras, deja que un hilillo de humorismo retoce en sus historias.

V. C.

Viajes a través del arte universal, de HERNÁN SAN MARTÍN.

Ediciones de la Universidad de Concepción, 1962

Dicen los estetas que las definiciones del arte son tan numerosas como los sistemas filosóficos. Ello equivale a suponer que cada pensador tiene su estética. Tal vez, esta idea se aplica, con ciertas limitaciones, al hombre corriente, no contaminado en exceso por las lecturas, ni por el temor de parecer ignorante.

Ortega y Gasset afirmaba que los hombres reaccionan ante una situación vital "haciendo arte".

El arte y la vida de los pueblos se relacionan. Jamás podrá agotarse la controversia surgida con motivo de un orden de prelación de tan sólidos pilares. Suele decirse que las creaciones artísticas condicionan e informan los rumbos del vivir. También se argumenta que la vida, con sus múltiples situaciones, imprime energías a la trayectoria estética. El individuo se mueve en la cuerda floja que conduce de una a otra ribera.